Val, Mariano Miguel de
La poesia del "Quijote"

MARIANO MIGUEL DE VAL

POESIA DEL "QUIJOTE,,



MADRID
Imprenta y Litografía de Bernardo Rodríguez
Bravo Murillo, 37, y BARQUILLO, 8

1905

LA POESÍA DEL "QUIJOTE„

LA
POESIA DEL "QUIJOTE,,

DISCURSO
leído la noche del 7 de Mayo de 1905
EN EL
ATENEO DE MADRID
con ocasión del III Centenario de la publicación del QUIJOTE
POR EL

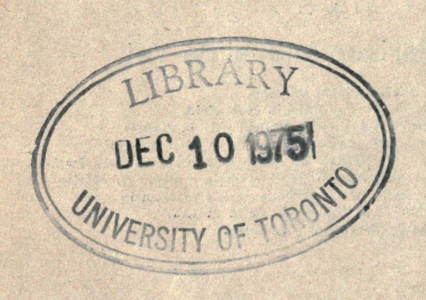
Sr. D. Mariano Miguel de Val

Licenciado en Derecho,
Abogado del Ilustre Colegio de Madrid,
Secretario General del Ateneo de Madrid y de la Escuela
de Estudios Superiores, Miembro de Honor de la Obra Educativa
"I NOSTRI CONTEMPORANEI,, de Roma y del Instituto Bio-Bibliográfico Italiano
de Chieti, correspondiente del Ateneo de Guatemala y Socio de Mérito
del de Zaragoza, de la Real Academia de Jurisprudencia
y Legislación, de la Asociación de la Prensa,
y de la de Escritores y Artistas.



MADRID
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE BERNARDO RODRÍGUEZ
Bravo Murillo, 37, y BARQUILLO, 8.

1905


LIBRARY
DEC 10 1975
UNIVERSITY OF TORONTO



LA POESÍA DEL "QUIJOTE„

SEÑORAS, SEÑORES:

Aún cuando no tuviérais idea de la generosa tolerancia y de la benevolencia que son en esta Casa tradicionales, hallariais de ello plena demostración y acabada prueba por el solo hecho de verme aquí, con mis pocos años y sin merecimiento alguno ni nombre, ocupando puesto tan elevado y honroso.

Y es lo cierto que habituado yo á estas bondades y con el estímulo, además, de unir mi esfuerzo, aunque siempre débil y pobre, á cuanto en esta ilustre corporación se emprenda en justo homenaje á nuestras inmortales glorias, no me resistí cuanto debiera á aceptar el nuevo honor que la buena amistad me dispensaba. Culpable soy, pues, de abusar

tanto de una benevolencia que nunca se me regatea y tan inmerecida y amablemente se me prodiga; culpable soy de no haberme concretado á *repicar*, como era aquí mi deber, sin intentar al mismo tiempo *ir en la procesión*, lo cual bien dice el refrán que no se puede.

Corresponderé siendo lo más breve posible, aunque mi tema es vasto, y apoyándome en autorizados criterios que suplan y compensen mi insuficiencia.

Pertenezco á una generación todavía sin historia, que apenas balbucea, pero que llega ya y se agranda en el horizonte, y parece traer por estandarte la enseña de la rebeldía, y se hace anunciar por sacrílegas avanzadas, despreciadoras de todos los respetos; avalancha implacable, desdeñosa, que atropella los ídolos más altos y amenaza derribar altares y templos.

El «más allá» de sus primeros ideales es un mal que le ciega á cada paso.

Son jóvenes; engendrados en días de dolor, vinieron ya angustiados á la vida.

Hora llegará, no lejana, en que, percatándose de la brevedad de la existencia, se den más á saborear los sazonados frutos, que á

inventar nueva Flora, y sin esperar de la incertidumbre del porvenir amaneceres cada vez más claros, tengan por bueno el sol, por despejado el cielo, por floridos los árboles y con solo dejarse acercar lo que antes rechazaban, crean haberlo descubierto todo, saciando así las ansias de sus dorados sueños.

Nadie mejor que Cervantes para ser el maestro de esa nueva generación intelectual que, lejos de manifestarse, como él, en sus juicios, recatada y benévola, alardea de valentía contra los difuntos y es hasta aduladora entre los vivos.

Desgraciado de aquél—escribe el mismo Clemencín, el más duro comentador de Cervantes,—desgraciado de aquél á quien no suspendan y arrebaten las gracias y bellezas admirables, originales, únicas del *Quijote*.

Esto no quiere decir que Cervantes haya sido discutido nunca. Detractores tuvo, sí, como toda obra popular. El mismo Lope de Vega, que fué menos tiempo amigo que enemigo de Cervantes, le censuró duramente, contradiciéndose con sus alabanzas de otros días; pero aparte inquinas y rencores, aparte desautorizadas críticas sin eco, ó distingos aislados

sin fuerza alguna, para Cervantes ha sido unánime el elogio.

El *Príncipe de los ingenios españoles*, que á pesar de su reconocido extraordinario mérito, no se libró durante su azarosa vida de las alternativas de la varia fortuna, fué, como todos los grandes genios, mirado con desdén por algunos literatos que no comprendían ó no querían comprender sus primores.

Verdaderamente Cervantes—dice Benot (1) —fué el rigor de las desdichas.

De mozo, formó parte, en calidad de camarero, de la servidumbre del cardenal Aquaviva, legado del Papa Pío V; militar, quedó lisiado en Lepanto; cautivo en Argel, sufrió cinco años, en los calabozos de aquella guarida de piratas, toda clase de privaciones y malos tratamientos; rescatado, no pudo vivir en su patria como escritor de comedias y entremeses; alcabalero y comisionista durante muchos años, fué al fin encarcelado por infundadas presunciones; autor ya de *El Ingenioso Hidalgo*, del que se hicieron seis ediciones en

(1) En el prólogo de la obra *Cervantes y su época*, de Ramón León Máinez.

1605, año de su aparición, es atropellado por el alcalde de casa y corte en Valladolid; y ya viejo y achacoso, tiene que vivir de las limosnas de un magnate y de las dádivas de un arzobispo.

Atormentan, al leer la vida del *Príncipe de los ingenios,* los numerosos trances en que tan á punto estuvo la humanidad de perder, sin haber dado aún el portentoso fruto, al que llevaba en sí la gloria mayor de la Literatura española.

Groseros versos, que se resiste la lengua á decir y la pluma á copiar, fueron despreciativamente publicados y eran burlescamente repetidos contra el autor del *Quijote.*

Esteban Manuel de Villegas comparaba á Cervantes con un mozo de mulas; el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas, se atrevió hasta á insultarle por viejo y manco, que tenía más lengua que manos (y teniendo él más manos que lengua, le robaba la ganancia que había de producirle la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha);* Lope de Vega escribía lo siguiente:

«Don Quijote de la Mancha
(perdone Dios á Cervantes)
fué de los extravagantes...» (1)

Y sobre la rivalidad de Lope, aún le insultaban en versos como estos:

«Solo digo que es Lope Apolo, y tú
frisón de su carroza y puerco en pié.
Para que no escribieses, orden fué
del cielo que mancases en Corfú.
Hablaste buey, pero dijiste mú:
¡Oh, mala quijotada que te dé!»

Pero aun siendo así, víctima de una suerte fatal y de la impotencia misma de sus contemporáneos, alcanzó, bien pronto, la universal admiración que á su gigantesca talla correspondía, y, ceñida á sus sienes la gloriosa corona de la inmortalidad, se le disputaron después los hombres y los pueblos; éstos, ansiando ser su patria, ansiando el señalado honor de haber sido lugar de su nacimiento; aquéllos, por el singular orgullo de llamarse sus colegas, y así,

---

(1) Compárese con lo que Cervantes decía de Lope de Vega al citarle en su *Viaje del Parnaso:*

«Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
ninguno le aventaja, ni aun le llega.»

con notoria exageración, analizando las innumerables facetas de tan brillante ingenio, Cervantes ha sido juzgado como marino, como soldado, como viajero, como teólogo, como político, como jurisconsulto, como sociólogo, como erudito, como lingüista, como crítico, como táctico, como filósofo, como médico, como alienista, como economista, como astrólogo, como geógrafo, como vascófilo, como demócrata, como revolucionario, como anarquista, como cocinero, como camarero, y ¿qué más? hasta como manco..... y no sería de extrañar que algún ilustrado tañedor de vihuela le supusiera rara habilidad música ó algún dentista erudito le diese también título de tal y disertare el día menos pensado, sobre las quijadas de Don Quijote, según las vió Sancho al asomarse á la boca del animoso caballero tras la famosa aunque desdichada aventura de los rebaños.

Significa esto que las generaciones futuras, sea cualquiera el temple de su espíritu, se descubrirán igual, con admiración y respeto, ante el monumento literario del que han gozado tantas generaciones «como los campos de las benéficas influencias del sol», y que ha llenado,

en los siglos, de estimación y de gloria universales las españolas letras.

Labor es, sí, de los modernos tiempos la de completar, ordenar, resumir y compendiar los estudios que de Cervantes y de sus obras se han escrito, para hacerlos más claros y ponerlos más al alcance de la inteligencia; y ha de ponerse también un especial cuidado en seleccionar los juicios y desechar las interpretaciones que de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* se han hecho, porque, aun siendo dicha obra tan popular, dejaría bien pronto de serlo, si se empeñasen los sabios, ó los pensadores y filósofos más ó menos profundos, en darle un carácter y una significación que no sólo no tiene, sino que ni constituyó, remotamente siquiera, el pensamiento del autor, claramente expresado sin disfraces, rodeos ni simbolismos.

Lejos de citar en lo sucesivo, á Cervantes entre los tratadistas de Marina, Milicia, Teología, etc., tolo lo cual, al fin y al cabo, no ha sido infecundo porque abundantes obras (1)

---

(1) *El espíritu de Miguel de Cervantes Saavedra ó la filosofía de este grande ingenio,* por D. Agustín García Arrieta;

ha producido, apologías notables, ingeniosas, en las que un noble y patriótico espíritu campea, parece llegada la hora de fijar la atención en la excelencia moral de aquel gran hombre, de cuya azarosa vida sabemos, no sólo por

---

Bellezas de Medicina práctica descubiertas en la obra de Cervantes, por D. Antonio Hernández Morejón; *Pericia geográfica de Cervantes,* por D. Fermín Caballero; *Cervantes, teólogo,* por D. José María Sbarbi; *Afición é inteligencia militar de Miguel de Cervantes,* por el general Ximénez de Sandoval; *Cervantes, revolucionario,* por D. Francisco M. Tubino; *¿Cervantes fué ó no poeta?* por D. Alfonso de Castro; *Jurispericia de Cervantes,* por D. Antonio Martín Gamero; *Cervantes y la Filosofía española,* por D. Federico de Castro; *Cervantes, vascófilo,* por D. Julián Apraiz; *Cervantes marino,* por D. Cesáreo Fernández Duro; *La cocina del Quijote,* por D. Cesáreo Fernández Duro; *Cervantes, viajero,* por D. Manuel de Foronda; *Cervantes en ciencias médicas,* por D. Joaquín Olmedilla; *Cervantes, administrador militar,* por D. Jacinto Mermúa; *Ideas y noticias económicas del Quijote,* por D. José Manuel Piernas y Hurtado; *Cervantes, inventor,* por D. José María Asensio; *Cervantes, poeta épico,* por D. Luis Vidart; *Primores del Don Quijote en el concepto médico psicológico y consideraciones generales de la locura para un nuevo comentario de la inmortal novela,* por D. Emilio Pí y Molist; *La cuestión social en el Quijote,* por D. Baldomero Villegas; *Cervantes esclavo y cantor del Santísimo Sacramento,* por D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe; *Noticia sucinta de los animales y plantas que mencionó Cervantes en el Quijote, con nociones históricas acerca del tabaco, chocolate, café y té, cuyo uso no conoció el Ingenioso hidalgo,* por D. Miguel Colmeiro; *Cervantes, poeta lírico,* por D. Eugenio Silvela; *Cervantes, hombre de acción,* por D. Francisco Navarro Ledesma.

cuanto de él nos dicen Mayans (1), Pellicer (2), Ríos (3), Navarrete (4), Hartzenbusch (5), Fernández Guerra (6), Barrera (7) y mejor aún, de una manera más elocuente, completa y acabada Francisco Navarro Ledesma en su libro *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra,* sino por cuanto se refleja en todas y cada una de las páginas del *Quijote,* en las que impresa para siempre quedó con signos claros, indelebles y hermosos.

Si se atiende—decía el maestro Valera, el inmortal Valera, cuya sepultura, caliente aún, perfuman todavía las flores que con él

---

(1) Gregorio de Mayans y Siscar publicó, en 1737, la primera vida de Cervantes, admirado en el extranjero y apenas conocido en su patria.

(2) Juan Antonio Pellicer, Bibliotecario del Rey, en 1778.

(3) Vicente de los Ríos, en la edición de 1780.

(4) Martín Fernández Navarrete, edición de la Academia de 1819.

(5) Juan Eugenio Hartzembuch, en 1874.

(6) Aureliano Fernández Guerra, en 1864.

(7) Cayetano Alberto de la Barrera.

Son también de citar las biografías dadas á luz por Manuel José Quintana, Buenaventura Carlos Aribau, Jerónimo Morán, cuya obra mejora mucho á la de Navarrete en la parte documental, y la de Ramón León Mainez; los importantes trabajos de Luis Viardot, Jorge Ticknor y Philarete Chasles, discretos cervantistas extranjeros, y los curiosos opúsculos de D. Nicolás Díaz de Benjumea.

enterraron (1)—«si se atiende á lo maltratado que fué Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulos, y á que escribía el *Quijote,* viejo, pobre y lleno de desengaños, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira. Por el contrario sus personajes, hasta los peores, tienen algo que honra á la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad, resplandecen en ese respeto que muestra á toda criatura hecha á imagen y semejanza de Dios» (2).

«Maese Nicolás, el barbero, es persona de buenas prendas y apacible trato. El señor cura no puede ser mejor de lo que es, ni el bachiller Sansón Carrasco puede ser más regocijado, más ameno y más dispuesto á suaves burlas, sin perjuicio ni mortificación de nadie» (3).

Las mujeres, especialmente, y á pesar de lo que para juzgar á la antojadiza Leandra,

---

(1) Don Juan Valera, fué enterrado el Jueves Santo fecha 20 de Abril, diez y siete días antes de la lectura de este trabajo en el Ateneo.

(2) Valera. Discurso de 1864 en la Real Academia Española

(3) Valera. Discurso póstumo.

dice de que «los que conocían su discreción, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á la natural inclinación de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal dispuesta», las mujeres, repito, son casi todas en el *Quijote,* según la frase de Hartzembusch: «bellas y discretas y merecedoras de cariño, y á la que pinta ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo para que no repugne.»

«No ya Luscinda, Dorotea, la inocente y amorosa D.ª Clara y Ana Félix, la morisca, sino hasta la Tolosa, la Molinera y la desdichada Maritornes, tienen algo que, como criaturas de Dios, las dignifica y hermosea, vedando el desprecio y moviendo á compasión respetuosa el sello divino del Hacedor, en el alma humana indeleblemente estampado» (1).

Ríense dos mozas cuando Don Quijote las llama doncellas, pero le ayudan luego á quitarse las armas, le sirven la cena y cuando les pregunta sus nombres, no se atreven á mentir, sino que bajando los ojos, declaran humildes los apodos que llevan de la Tolosa y la Moli-

---

(1) Valera. Discurso póstumo.

nera. La soez Maritornes misma, la caricatura del *Quijote* más lastimosa, cuando ve á Sancho bañado en sudor y con la congoja del manteamiento, le trae vino y se le paga y en otra ocasión ofrece oraciones para que se consiga volver á la razón al hidalgo demente.

Aún nos deleita más, haciéndonos simpatizar con el autor, con sus personajes y con la alteza de nuestro sér, según él la concibe, el respeto que la inteligencia y la virtud de Don Quijote infunden en el ánimo de los hombres más rústicos y desalmados. Pastores, rameras, galeotes y bandoleros, todos se dejan fascinar por su ascendiente; todos le veneran, todos oyen con gusto y aun con admiración sus palabras» (1).

«Los caracteres de las personas subalternas están trazados magistralmente: la bellaquería del ventero que armó á Don Quijote, la discreción de Dorotea, la conducta villana de los galeotes, el despejo ápicarado de Ginés de Pasamonte, la ingenuidad pueril de doña Clara, la indulgencia é instrucción del canónigo de Toledo, el reposado aseo de la casa de don

(1) Valera. Discurso de 1864.

Diego de Miranda, la atolondrada afición de los Duques á divertirse, las sandeces de doña Rodríguez, la burlesca prosopopeya del doctor Pedro Recio, la saladísima escena del labrador, pintor y socarrón de Miguelturra» (1). Son figuras eternas de las que siempre viven, que conocemos todos y tratamos, y en las que el público, como siempre ocurre con las creaciones del genio, reconoce inmediatamente hermanos y comparte con ellos las penas y las alegrías, las aspiraciones, los goces, los ideales.

Y si en todos los personajes secundarios se observa que Cervantes cuida mucho de suavizar las asperezas de sus figuras, haciendo contrastar en ellas las buenas con las malas cualidades, y hasta justificando á veces por ajenas causas sus vicios, sus defectos ó sus inclinaciones torcidas, en mayor escala se ve todo esto al considerar la hermosamente triste figura de Don Quijote, honrado, bondadoso, desinteresado, discreto, pues salvo su graciosa locura y su exaltación en el solo punto de la caballería, es un dechado de perfección moral,

(1) Prólogo del comentario de D. Diego Clemencín.

de talento y de recto juicio, de urbanidad y cortesía, é igual se ve también en la figura no peor trazada del bonachón escudero.

La locura del valeroso hidalgo es algo inmensamente venerable, como un poder divino que obliga al amor, al amor más puro, honesto, respetuoso y elevado, al amor platónico en forma de Dulcinea del Toboso; al ideal más noble en forma de andante caballería, que brilla para él con resplandores de gloria, y al entusiasmo por cuanto es grande y sentido y bello en la naturaleza y en el alma, á tomar por castillos las ventas, por gigantes los molinos, por yelmo de Mambrino la bacía de azófar, por damas las rameras, por truchas el abadejo, la simple agua por bebida de encantador esquife: á imaginar á la vista de las nubes de polvo que dos manadas de carneros levantan, formidables ejércitos que se aproximan de valerosos Laurcalcos, temidos Micocolembos y nunca medrosos Brandabarbaranes; á imaginar ante los andrajosos porqueros, que al áspero son del cuerno enronquecido andan por los rastrojos recogiendo su manada de cerdos, servidores del castillo, enanos ó encantados seres que á toque de clarín anuncian al cas-

tellano la llegada del huésped caballero, y, en fin, á no temer nada y sacrificarlo todo, sin otro estímulo que la bendición amorosa de su Dulcinea ni otro móvil que el de alcanzar la sana, la inocente gloria de ser justamente celebrado como el primero entre los caballeros andantes de más fama, el primero en deshacer agravios, enderezar tuertos, enmendar sinrazones, mejorar abusos y satisfacer deudas.

No hay, en mi sentir—dice también el gran Valera, á quien vuelvo porque yo no podría decirlo mejor,—acusación más injusta que la de aquellos que imputan á Cervantes el delito de haber intentado en el *Quijote* poner «en ridículo las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad, la castidad en los amores y otras virtudes que constituían el ideal del caballero y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus... Don Quijote, burlado, apaleado, objeto de mofa para los Duques y los ganapanes, atormentado en lo más sensible y puro de su alma por la desenvuelta Altisidora, y hasta pisoteado por animales inmundos, es una figura más bella y más simpática que todas las demás de su historia. Para el alma noble

que la lea, Don Quijote, más que objeto de escarnio lo es de amor y de compasión respetuosa. Su locura tiene más de sublime que de ridículo. No sólo cuando no le tocan en su monomanía es Don Quijote discreto, elevado en sus sentimientos y moralmente hermoso, sino que lo es aun en los arranques de su mayor locura.»

Cierto; durante la lectura de la obra, más interesa el buen corazón y las honradas y virtuosas prendas de Alonso de Quijano el Bueno, que hacen reir los extravíos y extravagancias del Caballero de la Triste Figura.

Así también en el bueno de Sancho resplandecen las más bellas cualidades; el miedo que francamente declara y á todas luces revela en tantos y tantos pasajes de la obra, y que le conduce hasta oler *y no á ámbar* durante la jamás vista ni oída aventura de los batanes, no es, ciertamente, miserable cobardía, pues ocasiones hay en las cuales demuestra palmariamente su bravura, como en aquella su lucha á brazo partido, «mano á mano, como hombre honrado», según su frase, con el cabrero, á raíz de la bruscamente cortada relación de Cardenio; no es miserable cobardía, sino pruden-

cia, mansedumbre de hombre sosegado, pacífico, como tampoco al seguir á su amo y señor en tan azarosas empresas lo hace por miras interesadas ó egoístas; acaricia, sí, con infantil credulidad la idea de llegar á verse gobernador de la ofrecida ínsula, mas no es por otra cosa que por el grande amor que á su mujer y á sus hijos profesa, y más adelante también por el mismo amor que le inspira la compañía de su amo, cuando, á pesar de los malos días y peores noches y de los pésimos tratamientos y cada vez más continuos y desventurados lances, se entristece y llora si Don Quijote le despide, y le besa los pies y le manifiesta su deseo de no apartarse de él en el resto de su vida.

Y es que la obra de Cervantes no es la obra de un simple novelista, por grande que sea, sino de un genio, de un alma hermosa y buena, cuyo don más alto era el de divinizarlo todo, esmaltando siempre con su luz los más profundos pensamientos que ha encarnado la elocuencia en el lenguaje humano, cual si al desfilar las personas y las cosas que imaginaba su fantasía por el tamiz de su espíritu tomaran algo de sus excelentes cualidades, y que tenía

además ese instinto sobrehumano, esa facultad creadora suprema mediante la que, aun siendo ingenio lego, es decir, que no había recibido grados académicos ni cursado las ciencias ni las letras, adivinaba lo que no sabía, «tenía la intuición de la verdad absoluta, de la cual se derivan, como fáciles consecuencias todas las verdades relativas que constituyen el organismo de los conocimientos humanos» (1).

De aquí que hayan llegado á estudiarle como filósofo, como geógrafo, como jurisconsulto, etc., y en todo ello demostrase conocimientos nada comunes no precisándole haberlos aprendido en libros como no le es nunca necesario al genio «ser malvado para pintar el remordimiento del crimen, ni ser santo para explicar y hacer sentir los deliciosos éxtasis de la virtud, ni tiene precisión de haber estado en los lugares para conocerlos, ni estudiar las ciencias para tratarlas familiarmente, ni ser artista de profesión para juzgar las obras de arte» (2). Así Cervantes nos habla de todo, lo divino y lo humano, y nos presenta, delinea-

(1) D. Luis Vidart. Obra citada.
(2) D. José María Asensio. Obra citada.

dos siempre con destreza admirable, los más diferentes cuadros y los más bellos paisajes, llegando desde la más deleznable realidad á la más elevada fantasía, de lo cuerdo á lo absurdo, de lo grave á lo ridículo, y presentando tal diversidad de personajes, de tan distintas cataduras, que asombra cómo á todos los retrata con igual perfección y donaire.

Bien podría, pues, afirmarse, sin más antecedentes que el *Quijote*, que Cervantes era más que nada un gran poeta. Repito que esta afirmación podría hacerse aun cuando no se supiera de su vida ni hubieran llegado á nosotros de sus obras más que *El Ingenioso Hidalgo*.

Tenemos, sin embargo, otras razones y fundamentos sólidos para considerar al *Príncipe de los ingenios* como un gran poeta, uno de los primeros de su siglo, aun cuando no hubiera escrito el *Quijote*.

Lo que hay, es, que fué tanta la celebridad alcanzada por esta obra que eclipsó á todas las demás del mismo autor, y ya sus contemporáneos le negaban aptitudes de poeta, sembrando así un error que todavía no se ha borrado, y que personas que pasan hoy por eruditas y doctas y de buen gusto literario sostienen aún,

lo cual es prueba indudable de que han preferido y aceptado por más cómodo acatar el error tal como lo recibieron de sus mayores, á convencerse por sí mismos de la verdad, para lo cual les hubiera sido suficiente leer una sola vez las poesías ya coleccionadas.

Meditando D. Eugenio Silvela, en una conferencia notable que dió no hace muchos días en esta cátedra, sobre cuáles pudieran ser las causas de esta equivocada opinión, la atribuía, de acuerdo con lo dicho por Navarrete en sus eruditas *Ilustraciones* á la vida de Cervantes, al excesivo crédito alcanzado por la confesión misma del *Príncipe de los ingenios,* que, en el *Viaje del Parnaso,* dice:

«Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.»

y más adelante:

«Vayan, pues, los leyentes con letura,
cual dice el vulgo mal limado y bronco,
que yo soy un poeta de esta hechura:
cisne en las canas, y en la voz un ronco
y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
desbastar de mi ingenio el duro tronco.»

Tomado así, al pie de la letra, lo que sólo una excelente modestia significaba, y unido esto á lo que le perjudicó la competencia con Lope de Vega, el *Fénix* (1), así como también más tarde «la implacable saña con que don Diego Clemencín, el más ilustre de los comentadores del *Quijote,* no desaprovechó ocasión para afirmar que Cervantes fué infelicísimo en los versos», no es extraño, en efecto, como decía muy bien el ilustrado conferenciante, que los críticos y el común de los lectores «pasaran por los versos con prisa ó con enojo».

Cervantes tenía, sin embargo, conciencia de su valer y *se desvelaba,* según confesión propia, por demostrarlo, recibiendo siempre con sentimiento profundo el poco recto y menos benévolo juicio de sus contemporáneos, para los cuales «de su prosa se podía esperar mucho, pero del verso nada».

Él mismo, en el prólogo de sus comedias, declara que le da pesadumbre el oir semejantes

(1) De una carta de Lope de Vega: «De poetas no digo: Muchos en ziernes para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como *Zervantes*, ni tan nezio que alabe á *Don Quixote.*»

afirmaciones y se lamenta de tener sus poesías «arrinconadas en un cofre y condenadas al perpetuo silencio», como también de que un librero no se las comprara por haberle un autor de título informado desfavorablemente.

«Sólo D. Adolfo de Castro—decía el mismo Sr. Silvela—ha escrito, que yo sepa, defendiendo la causa de Cervantes como poeta. En el prólogo de los líricos del siglo XVI y XVII, de la colección de Rivadeneyra, copió algunos versos del famoso Ingenio, sacando los ejemplos, principalmente de las comedias, y ponderó la gallardía de algunos romances, la encantadora sencillez de algunas canciones, la facilidad que enamora en letrillas y romances cortos, comparables á los de Góngora; la facilidad, dulzura, sencillez y elegancia de pasajes poéticos, que compiten con los de Lope de Vega; la riqueza en galas poéticas, que tanto se encuentra en algunas de las comedias de Mirademescua, y la robusta entonación épica de algunos trozos de la Numancia. Quedaron fuera del elogio de Castro, sin duda porque trató el asunto de soslayo, las más preciadas joyas, que una crítica inspirada en la

justicia y el buen gusto debe engarzar en la corona poética de Cervantes.»

En los actuales tiempos, después de fijada la atención en las poesías del *Príncipe de los ingenios* y de publicada de ellas una mejor colección, siquiera sea labor todavía por hacer la de buscar las muchas obras de Cervantes que debe de haber desperdigadas por los archivos, sólo á personas de pésimo gusto se les puede ocultar la verdadera enormidad del error hasta aquí sustentado.

«Tanto han repetido—escribe con justificada indignación Navarro Ledesma—la opinión ridícula de que Cervantes no era poeta en verso, que desde este primer instante en que sus poesías salen al mundo, es menester fijarse en ellas, estudiarlas, analizarlas, considerar los pocos años del autor, tener en cuenta su índole de obras de encargo y de tema impuesto... y luego compararlas con todo cuanto se escribía en su época, por ejemplo, con la elegía que por aquel mismo tiempo compuso el maestro Fray Luis de León á la muerte del príncipe D. Carlos:

«Quien viere el sumptüoso
túmulo al alto cielo levantado...»

y su famoso epitafio:

«Aquí yacen de Carlos los despojos»,

que por andar tan citado y repetido en todos los librucos de Retórica, es familiar y suena bien á las orejas habituadas á él. Los versos de Cervantes en sus veinte años no son mejores ni peores que los del maestro León, entonces y ahora príncipe de la poesía lírica, cuarentón y en todo el vigor del estro, y estoy por decir que el propio Homero no los hubiese escrito más hermosos con motivo semejante, si se le hubiese exigido que elaborase un soneto, una *redondilla,* ó sean dos quintillas del sistema antiguo, cuatro quintillas dobles y una elegía en tercetos, dirigida, en nombre de todo el estudio, al cardenal D. Diego Espinosa, la cual, por cierto, comienza con estos tres versos de gran poeta:

«¿A quién irá mi doloroso canto,
ó en cuya oreja sonará su acento
que no deshaga el corazón en llanto?...»

Bello libro este de Navarro Ledesma, del que por honroso privilegio leí, aún en pliegos, uno de los primeros ejemplares. Aprended en

sus elocuentes páginas el amor que desde su juventud profesó Cervantes á la poesía, su revelación á la edad de veinte años en el funeral de la reina D.ª Isabel de Valois, ocasión tan solemne como la que dió á conocer al gran Zorrilla en el entierro de Larra; las inspiraciones de sus viajes por Italia, por Africa, por España; sus epístolas á Mateo Vázquez; su vuelta á Madrid y los poetas con quienes trabó estrecha amistad; la representación de *El trato de Argel;* el momento de popularidad que alcanzó á los treinta y siete años, cuando se le comprendía entre los mayores poetas de España y se buscaban sus versos para autorizar nuevos libros y se le aplaudía en el teatro; la publicación de *La Galatea;* sus malandanzas y desventuras, que á cada paso le recordaban que era poeta; los premios alcanzados en las justas literarias de Zaragoza, celebradas en honor de San Jacinto, y en el certamen poético de Madrid, organizado para conmemorar la canonización de Santa Teresa y, en fin, su *Viaje del Parnaso,* que no es otra cosa que su autobiografía en verso, compuesta en la época más grande y memorable de su vida, «aquella en que el hombre, olfateando cercana

la muerte, quiere decir á los futuros tiempos lo que él ha sido, y lo dice entreverando la sinceridad y la llaneza con estos ó aquellos toques de modestia, no fingida, sino naturalmente mezclada con el franco orgullo de quien está cierto de haber realizado obra maciza, sólida».

Contando, pues, con todo esto, á mayor abundamiento en prueba de que Cervantes fué antes que nada poeta ¿cómo nos hemos de apartar de ver en el *Quijote* un verdadero poema, aunque en prosa, que por la sublimidad de su asunto se adentra en los dominios de la epopeya; ni cómo hemos de olvidar esta gloriosa categoría del autor al recorrer aquéllas páginas y leer y admirar y conocer allí tan elevados conceptos, tan hermosos cuadros, tan bellos tipos que nunca más de la imaginación se borran, ni se hacen antiguos á través de los tiempos, ni dejan de ser igualmente comprendidos y admirados en los más remotos pueblos, como si creados fueran solamente para demostrar que lo grande, lo sublime á todos llega, á todos conmueve, y en todas partes se aclimata?

Poeta, sí, aun cuando no hubiera escrito más que el *Quijote*, poeta en prosa; y poeta

en verso también, si se analizan y estudian otras obras hasta ahora casi desconocidas.

Junto al discurso de la *edad de oro*, que un simple puñado de bellotas inspira al hidalgo manchego, á la manera que aquellas tobosescas tinajas halladas más adelante en casa del caballero del Verde Gabán, le trajeron á la memoria la dulce prenda, causa de su mayor amargura, está aquella amorosa, dolorida canción que para darle contento y solaz canta el zagal Antonio, el zagal enamorado, músico de un rabel, que también por los montes y selvas hay quien sabe de música.

ANTONIO

Yo se, Olalla, que me adoras,
puesto que no me lo has dicho
ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,
en que me quieres me afirmo;
que nunca fué desdichado
amor que fué conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio

que tienes de bronce el alma,
y el blanco pecho de risco.

Más allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido
ni menguar por no llamado
ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser cual imagino.

Y si son servicio parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.

Porque si has mirado en ello,
más de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala
andan un mismo camino,

en todo tiempo á tus ojos
quise mostrarme pulido.

Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto,
que has escuchado á deshoras
y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas
que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dijo:
Tal piensa que adora un ángel
y viene á adorar á un jimio;

Merced á los muchos dijes
y á los cabellos postizos,
y á hipócritas hermosuras,
que engañan al amor mismo.

Desmentíla, y enojóse;
volvió por ella su primo:
desafióme, y ya sabes
lo que yo hice, y él hizo.

No te quiero yo á montón,
ni te pretendo y te sirvo

por lo de barraganía,
que más bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,
que son lazadas de sirgo:
pon tu cuello en la gamella,
verás cómo pongo el mío.

Donde no, desde aquí juro
por el santo más bendito,
de no salir destas sierras
sino para capuchino.

Dejando solo dos capítulos intermedios, y, tras el bellísimo cuento de la pastora Marcela —aquélla que fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debía ni podía ponerle falta alguna,—encontramos la canción de Grisóstomo, aquellos robustos y desesperados versos del difunto pastor, y á renglón seguido las claras y suficientes razones de la hermosa Marcela, tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura, aparecida para justificar sus desdenes, por cima de la peña donde se cavaba la fosa del enamorado muerto....

«Los que hasta entonces no habían visto á la pastora, la miraban con admiración y silen-

cio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto.»

Observad cómo la imaginación de Don Quijote se engrandece y entusiasma y eleva al hacer el retrato de su dueña y señora la hermosa doncella, emperatriz de la Mancha, D.ª Dulcinea del Toboso, cuando contestando á Vivaldo, el caminante, sobre si era caballero enamorado, dió un gran suspiro y dijo:

«Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo menos há de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, márfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista

humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que la sólo discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.»

Abrid al azar por otra parte el libro y acaso presenciaréis el entierro de Grisóstomo, oiréis el panegírico pronunciado por su amigo Ambrosio al borde de la sepultura:

«Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, sólo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes; cual lo pudieran mostrar bien esos

papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra.»

Acaso daréis con Don Quijote y Sancho, cuando en aquella noche oscura acertaron á entrar «entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban».

Pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo: «Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro...; yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos...

»Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya bus-

ca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos; las cuales cosas todas juntas, y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas de Rocinante, y quédate adiós, y espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales si no volviere, puedes tú volver á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mía Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.»

Acaso toparéis con la poética ilusión del loco hidalgo de ser presentado al rey, á la reina y á la infanta su hija, ó con el interrumpido relato de Cardenio, enamorado y poeta,

como lo son el mismo Don Quijote, y Antonio, y Grisóstomo, y Lotario, y el mozo de mulas, y el enamorado D. Luis, y Vicente de la Roca, aunque éste, de cada romance que componía daba veinte traslados, y Lorenzo, el hijo del caballero del Verde Gabán, y algunos otros personajes de la novela; sorprenderéis tal vez, sentada tras un peñasco y á la apacible sombra de un fresno, á la incomparable Luscinda, más divina que humana, lavando sus pies en el arroyo que por allí corría, los blancos, los hermosos pies, que no parecían sino dos pedazos de cristal que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido.

Leed aquellas dulces historias y la del Curioso impertinente, la del Cautivo, la del mozo de mulas, la del cabrero, la de la Dueña dolorida; las sabrosas pláticas entre el hidalgo y su escudero y la discreta y graciosa que pasó entre Sancho y su mujer, aquel capítulo que el traductor, al llegar á él, tuvo por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio; aquellas continuadas aventuras como la espantable y nunca imaginada de los molinos de viento, la estupenda del vizcaíno, la nunca

vista ni oída de los mazos de batán, la alta y ganànciosa del yelmo de Mambrino, las muchas y extrañas de Sierra Morena, la brava y descomunal de los cueros de vino tinto, la del carro ó carreta de las Cortes de la Muerte, la felizmente acabada de los leones, la grande y maravillosa de la cueva de Montesinos, la famosa del barco encantado, las acaecidas en la casa de los Duques, y, en fin, por no citar más, aquella en que el Bachiller Sansón Carrasco es vencido bajo el disfraz de caballero de los Espejos y aquella en que, al cabo, el Bachiller vence á Don Quijote en forma de caballero de la Blanca Luna.

No puedo resistirme á la tentación de leeros estos sonoros y robustos, sentidos y delicados versos de la hermosa canción de Grisóstomo:

«Ya que quieres, cruel, que se publique
de lengua en lengua y de una en otra gente
del áspero rigor tuyo la fuerza,
haré que el mesmo infierno comunique
al triste pecho mío un son doliente
con que el uso común de mi voz tuerza;
y al par de mi deseo que se esfuerza
á decir mi dolor y tus hazañas,

de la espantable voz irá el acento,
y en él mezclados, por mayor tormento,
pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
no al concertado son, sino al ruido
que de lo hondo de mi amargo pecho,
llevado de un forzoso desvarío,
por gusto mío sale y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero
el temeroso aullido, el silbo horrendo
de escamosa serpiente, el espantable
baladro de algún monstruo, el agorero
graznar de la corneja, y el estruendo
del viento contrastado en mar instable,
del ya vencido toro el implacable
bramido y de la viuda tortolilla
el sensible arrullar; el triste canto
del infamado buho, con el llanto
de toda la infernal negra cuadrilla,
salgan con la doliente ánima fuera,
mezclados en un son de tal manera
que se confunden los sentidos todos,
pues la pena cruel que en mí se halla,
para contalla pide nuevos modos.

De tanta confusión, no las arenas
del padre Tajo oirán los tristes ecos
ni del famoso Betis las olivas;
que allá se esparcirán mis duras penas
en altos riscos y en profundos huecos,

con muerta lengua y con palabras vivas;
ó ya en escuros valles, ó en esquivas
playas, desnudas de contrato humano,
ó adonde el sol jamás mostró su lumbre,
ó entre la venenosa muchedumbre
de fieras que alimenta el libio llano;
que puesto que en los páramos desiertos
los ecos roncos de mi mal inciertos
suenen con tu rigor tan sin segundo,
por privilegio de mis cortos hados
serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desdén; atierra la paciencia,
ó verdadera ó falsa, una sospecha;
matan los celos con rigor más fuerte;
desconcierta la vida larga ausencia
contra un temor de olvido no aprovecha
firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta inevitable muerte;
mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
celoso, ausente, desdeñado y cierto
de las sospechas que me tienen muerto,
y en el olvido en quien mi fuego avivo.
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
mi vista á ver en sombra á la esperanza,
ni yo desesperado la procuro:
antes por extremarme en mi querella,
estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese por ventura en un instante
esperar y temer, ó es bien hacello,

siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si el duro celo está delante,
de cerrar éstos ojos, si he de velle
por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
á la desconfianza, cuando mira
descubierto el desdén, y las sospechas
¡oh amarga conversion! verdades hechas,
y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Oh en el reino de amor fieros tiranos
celos! ponedme un hierro en estas manos,
dame, desden, una torcida soga:
¡mas hay de mí! que con cruel victoria
vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin; y porque nunca espere
buen suceso en la muerte ni en la vida,
pertinaz estaré en mi fantasía
diré que va acertado el que bien quiere,
y que es mas libre el alma mas rendida,
y la de amor antigua tiranía.
Diré que la enemiga siempre mía,
hermosa el alma como el cuerpo tiene,
y que su olvido de mi culpa nace,
y que, en fe de los males que nos hace,
amor su imperio en justa paz mantiene,
y con esta opinión y un duro lazo,
acelerando el miserable plazo
á que me han conducido sus desdenes,
ofreceré á los vientos cuerpo y alma,
sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú, que con tantas sinrazones muestras
la razón que me fuerza á que la haga
á la cansada vida que aborrezco:
pues ya ves que te da notorias muestras
esta del corazón profunda llaga,
de cómo alegre á tu rigor me ofrezco,
si por dicha conoces que merezco
que el cielo claro de tus bellos ojos
en mi muerte se turbe, no lo hagas,
que no quiero que en nada satisfagas
al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasión funesta
descubre que el fin mío fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
pues sé que está tu gloria conocida
en que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitre, y ansimismo
con su rueda Egión no se detenga,
ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos su mortal quebranto
trasladen en mi pecho, y en voz baja
(si ya á un desesperado son debidas)
canten obsequias tristes, doloridas
al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
con otras mil quimeras y mil mostros
lleven el doloroso contrapunto,

que otra pompa mejor no me parece
que la merece un amador difunto.

Canción desesperada, no te quejes
cuando mi triste compañía dejes;
antes, pues que la causa do naciste
con mi desdicha aumenta su ventura,
aun en la sepultura no estés triste.»

Leed, leed en alta voz, para que al gozar el espíritu del estro, goce también el oído de la sonoridad del ritmo, las bellas estancias que el porfiado D. Luis dedica á la hija del Oidor, la discreta Clara:

«Dulce esperanza mía,
que, rompiendo imposibles y malezas,
sigues firme la vía
que tu mesma te finges y aderezas,
no te desmaye el verte
á cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
honrados triunfos ni vitoria alguna,
ni pueden ser dichosos
los que, no contrastando á la fortuna,
entregan desvalidos
al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
caras, es gran razón y es trato justo;

pues no hay más rica prenda
que la que se quilata por su gusto,
y es cosa manifiesta
que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfías
tal vez alcanzan imposibles cosas;
y ansí, aunque con las mías
sigo de amor las más dificultosas,
no por eso recelo
de no alcanzar desde la tierra el cielo.»

Como verdaderos modelos de la poesía picaresca, pueden indudablemente citarse los romances que la desenvuelta Altisidora dedica á Don Quijote fingiéndose de él enamorada. He aquí el que, después de recorrida y afinada el arpa, entona al pie de la reja del desvanecido caballero:

«¡Oh tú que estás en tu lecho
entre sábanas de holanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana,
caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia!
Oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,

que en la luz de tus dos soles
se sienten abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas;
das las feridas, y niegas
el remedio de sanarlas.
Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia
ó en las montañas de Jaca;
si sierpes te dieron leche,
si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas.
Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre fiera y brava.
Por esto será famosa
desde Henares á Jarama,
desde el Tajo á Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las más gayadas mías,
que de oro la adornan franjas,
¡Oh quién se viera en tus brazos,
ó si no, junto á tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna

de merced tan señalada;
los pies quisiera raerte,
que á una humilde esto le basta.
¡Oh qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que, á no tener compañeras,
las Solas fueran llamadas!
No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.
Niña soy, pulcela tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca ni soy coja,
ni tengo nada de manca;
los cabellos como el oro,
que, en pie, por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves si me escuchas,
que á la que es más dulce iguala,
y soy de disposición
algo menos que mediana.

Estas y otras gracias mías
son despojos de tu aljaba;
desta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.»

«Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido Don Quijote, el cual dando un gran suspiro, dijo entre sí: ¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mía! ¿Qué la queréis, reinas? ¿á qué la perseguís, emperatrices? ¿para qué la acosáis, doncellas de á catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acíbar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás las feas, las necias, las

livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo, llore ó cante Altisidora, desespérese madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra; y con todo esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.»

No es menos digno de la pluma del *Príncipe de los ingenios,* el romance que, aquella noche del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió Don Quijote en casa de los Duques, entonó el manchego hidalgo al son de la vihuela para curar de sus amores á la doncella enamorada:

«Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio las armas
tomando por instrumento

la ociosidad descuidada.
Suele el coser y labrar,
y el estar siempre ocupada,
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas,
que aspiran á ser casadas...
la honestidad es su dote
y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.
Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partir se acaban.
El amor recién venido,
que hoy llegó, y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura
ni se muestra ni señalan,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo,
que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,

por quien hace amor milagros,
y hasta el cielo los levanta.»

Muy digno también de saborearse es el romance con estribillo que la doncella Altisidora dijo al andante hidalgo con fingido tono lastimero al verle partir del palacio de los duques, en dirección á Zaragoza.

Es un romance que recuerda aquel famoso que empieza:

«Aláh permita enemiga
que te aborrezca y me adores...»

y otros no menos celebrados del romancero clásico:

«Escucha, mal caballero,
detén un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla,
que está muy lejos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo
la más hermosa doncella
que Diana vió en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.
Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas ¡llevar impío!
en las garras de tus cerras
las entrañas de una humilde,
como enamorada, tierna.
Llévaste tres tocadores
y unas ligas (de unas piernas
que al mármol puro se igualan,
en lisas) blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
que, á ser de fuego, pudieran
abrasar á dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

De ese Sancho, tu escudero,
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea.
De la culpa que tú tienes
lleve la triste la pena;
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.
Tus más finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.
Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso

desde Sevilla á Marchena,
desde Granada hasta Loja.
de Londres á Ingalaterra.
Si jugares al reinado,
los cientos ó la primera,
los reyes huyan de ti,
ases ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones
si te sacares las muelas.
Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Sonetos, romances, estancias, ovillejos, glosas, la de

«Si mi fué tornase á es
sin esperar más será
ó viniese el tiempo ya
de lo que será después.»

redondillas, décimas, versos libres, los que empiezan:

«Yo soy Merlín, aquel que las historias...»

quintillas y octavas reales, las que entona al son de su arpa un hermoso mancebo vestido á lo romano, junto á la almohada del, al pare-

cer, cadáver de Altisidora, constituyen toda la diversidad de metros que en el *Quijote* se encuentra.

Se podrá censurar, en estas composiciones poéticas, la defectuosa acentuación de algunos versos, las asonancias, especialmente en los sonetos, á los que también puede tildarse de no ser nunca bastante rotundo el último endecasílabo, es decir, de carecer de la fuerza, rapidez y novedad que requieren las severas leyes de esta clase de composición, pero cuál es el poeta de aquellos tiempos de quien no se puede, con igual razón, decir lo propio.

Don Diego Clemencín apenas perdona una sola composición de las intercaladas en el texto del *Quijote*.

Ya en los versos anteriores al prólogo, dice de las décimas truncadas de Urganda la desconocida, que no las tiene ni siquiera por discretas y que ni entiende sus pensamientos, ni halla otra cosa en ellas que oscuridad, confusión y tinieblas, comentario que le inspiran igualmente las décimas que el Donoso, poeta entreverado, dedica á Sancho Panza y á Rocinante, y el soneto de Orlando Furioso á Don Quijote.

En la dolorida—canción del zagal Antonio,—censura que el autor copie la tosquedad ingrata de los pastores, en lugar de su sencillez encantadora. Cierto que caben muy bien afectos delicados y tiernos en pechos aldeanos, y que bajo expresiones sencillas pueden presentarse ideas nobles, imágenes agradables y aun sublimes; cierto que el poeta, como el pintor, debe copiar á la naturaleza, embelleciéndola... pero, ¿es que esto no lo sabía Cervantes, es que no lo practicaba? ¿No eran una de sus más altas dotes y uno de sus más preciados méritos los de embellecer cuanto describía? No digamos, pues, que no sabía hacer esto, sino que en aquel romance quiso hacer lo otro.

La Canción de Grisóstomo también le parece mal á Clemencín; así lo declara, pero sin demostrar razones bastantes que lo justifiquen.

Habíanla antes elogiado Pellicer, Ríos y Navarrete, el primero, especialmente, analizando el bello artificio de la rima, el modo nuevo de las estancias ó estrofas, hasta entonces no advertido, y la viveza manifiesta de la pasión del pastor furioso, reputando á Cer-

vantes por inventor de este género de canciones.

Nada de esto convence, sin embargo, al comentador implacable, y solo porque el verso:

«salgan con la doliente ánima fuera»

se repite en la *Galatea* y en los *Trabajos de Persiles y Segismunda,* recordando á aquel de Garcilaso:

«echa con la doliente ánima fuera»,

y porque le parece embrollada gerigonza aquello de

«con lengua muerta y con palabras vivas»

sin duda por no haberse presentido aún en su época las miradas verdes, los suspiros azules y las horas grises de nuestros días; y porque

«á la desconfianza, cuando mira»,

no es un endecasílabo muy bien acentuado y porque

«esta del corazón profunda llaga»

le parece trasposición tan ridícula como aquella que cita Lope en la *Gatomaquia:*

«en una de fregar cayo caldera»

solo por esto y por algún que otro reparo de menor importancia, condena toda una composición de ciento treinta y tres endecasílabos.

Igual dureza emplea cuando después de leer el soneto del capítulo XIII, que empieza,

«O le falta al amor conocimiento,»

justifica lo de haber puesto en boca de Don Quijote que su autor ***debía de ser razonable poeta,*** con estas palabras, procedentes también del mismo inmortal alcalaino: «no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño», cita que otra vez, más adelante, escribe al pie de la glosa de Don Lorenzo, juntamente con la de igual procedencia, de que no hay poeta que no piense de sí que es el mayor del mundo.

Y cuando ante las coplas de enamorado que el *Ingenioso Hidalgo* dedica en el bosque á Dulcinea del Toboso, extraña que Don Quijote se creyera *algún tanto poeta,* según más adelante dice.

Y cuando comenta los ovillejos ó coplas

llamadas *de ecos* del capítulo XXVII, diciendo que Cervantes tenía tan mala mano para hacer coplas, como la sin par Dulcinea la tenía buena para salar puercos.

Y cuando tacha de incorrectos ó defectuosos, versos tan elegantes como,

«la pobre cuenta de mis ricos males»

del soneto «En el silencio de la noche...» hermosísimo por cierto (cap. XXXIV), cuyo retruécano de *pobres* y *ricos* le parece, injustamente, del peor gusto;

«y esta vuestra mortal triste caída»

de otro soneto del capítulo XL; ó

«la fuerza de sus brazos esforzados»

cuyo pleonasmo da intenso vigor á este endecasílabo.

Y cuando más que de *malos,* califica de *peores* los versos de Merlín, aquel que las historias dicen que tuvo por su padre al diablo.

Y cuando simplemente desdeña ó califica de bufonadas los romances que mediaron entre la desenvuelta Altisidora y Don Quijote,

sin reparar en la oportunidad de cuanto en ellos censura.

Y cuando del madrigal que cantó al son de sus mismos suspiros el enamorado andante, arrimado al tronco de un haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli, no distingue el árbol que era), dice que otros se han escrito mejores (¡!) y cita una antigua copla de la cual tiene al madrigal citado por deslucida imitación.

Y cuando, en fin, tras otras análogas tachas, dice del epitafio puesto por Sansón Carrasco en la sepultura de Don Quijote, que carece de chiste, si es de burlas, y no es bastante claro, si es de veras; que está muy lejos de corresponder al lugar que ocupa y al objeto á que se dirige; que la dicción es rastrera, los versos desmayados como casi todos los de Cervantes, y de los conceptos, alambicado el de la primera quintilla, y oscuro, el de la segunda; y que es desagradable ver deslucido el final de una tan hermosa fábula con un epigrama tan insulso.

Líbreme Dios de afirmar con exageración, que las agrias censuras de Clemencín carecen en absoluto de fundamento; antes por el con-

trario, suelen ser generalmente atinadas, pero tan excesivas, tan desproporcionadas con lo fútil de la razón que las mueve ó las inspira, y tan duras y monótonas, que más bien parecen un forzado estribillo empleado en ocasiones sin venir á cuento, y que llega á ser hasta molesto de puro machacón y repetido.

No diré tampoco que los mejores versos de Cervantes sean los intercalados en sus *Novelas ejemplares* ó en el *Quijote,* pero otras tenemos más firmes, indiscutibles pruebas, de que sabía versificar como el más grande de los poetas de su tiempo.

Los comentarios de Clemencín no significan, pues, tanto que sean ya la última palabra, constituyendo más bien afirmaciones secas, de pura obsesión ó monoideismo, que análisis razonado y sereno. Aunque solo fuese en la comparación con otros buenos poetas de los que brillaban entonces, hubiera encontrado el comentador de Cervantes, manantial sobrado para toda justificación ó defensa.

Los mencionados defectos no eran, en verdad, defectos solo de Cervantes, sino comunes á todos los poetas de su tiempo, defectos que entonces no eran tenidos como tales, y cuyo

reparo significó, con bastante posterioridad, un perfeccionamiento de la poética moderna, el que logró dar mayor sonoridad y robustez á la castellana rima.

De todos modos, la nueva generación, la que se esfuerza en demostrar que los genios no vienen acompasados al mundo, que no reza la preceptiva con los espíritus libres, no será ciertamente, la llamada á mantener en pie un error tamaño.

«Basta para la gloria del artista que la obra que produce sea bella; pero la literatura no es solamente expresión de belleza sin expresión de idea. Sobre la obra literaria se formulan siempre dos juicios: un juicio estético, que solo atiende á la belleza de su *forma*, y otro juicio *filosófico*, en que solo se mira á su *contenido*, al *fondo* de la concepción artística en sus relaciones con las eternas leyes de la verdad y del bien.

Todo lo que constituye la *forma* en una obra novelesca, plan ordenado y lógico, desenvolvimiento de su acción, verdad de los caracteres en los personajes que en ella figuran, viveza en los diálogos, sobriedad y exactitud en las descripciones, galanura en la frase,

todas estas y algunas otras calidades se encuentran en el *Quijote*.

Y aún hay más—como dice muy bien un notable crítico.—La moderna literatura francesa pretende haber descubierto la teoría del *realismo en el arte*, mediante la cual debe llevarse á la obra literaria la *realidad entera de la vida*, sin excluir los aspectos de ella feos, y aún repugnantes, que siempre se habían considerado como indignos de penetrar en los dominios de las Bellas Artes» (1).

Pues bien, esa teoría que en nuestra literatura picaresca tiene tan notables ejemplos, encuentra en el *Quijote* encarnación viva, palpitante realidad, como los ya citados apuros de Sancho que no pudo contener.... el miedo ante los misteriosos ruidos de los batanes y aquella escena ocurrida la memorable noche de la venta, en la oscuridad de la alcoba, donde tales pendencias se armaron que, como el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza y todos menudeaban con tanta priesa que no se

(1) Lúis Vidart. Obra citada.

daban un punto de reposo; todo lo cual evidencia la soberana inventiva, la originalidad de aquel ingenio privilegiado, á quien no se le resistían los atrevimientos mayores aun cuando fueran totalmente opuestos á las reglas y enseñanzas generalmente admitidas.

Pero por encima de todas las maravillas de la forma, hemos de admirar y alabar la grandeza y majestad del pensamiento, esencia de toda obra de arte, y en el *Quijote* prodigio de invención, que atraído por ideales llamamientos, navega sobre un mar revuelto de aventuras y bajo un cielo esplendente de poesía.

Profundizad aquellas admirables páginas y no incurriréis en la vulgar y equivocada idea de que el libro de Cervantes sea solo una hermosa sátira literaria, ó una parodia, ó una insuperable bufonada ú obra de burlas, guardadora del secreto de la risa y del más delicioso pasatiempo, según ha sido comprendido en Inglaterra, donde el *Quijote* fué siempre celebrado con interminables carcajadas; le tendréis por un verdadero poema de los tiempos modernos, representación fiel de los hombres y la vida de España, una verdadera epo-

peya entonada, sublime, hija de un soberano entendimiento, poeta, el que en Italia colocan al nivel de Dante, al nivel de Shakespeare en Inglaterra y al nivel de Goethe en Alemania, y de quien, como de Homero, se dice que ni tuvo antes á quien copiar, ni después ha tenido quien le copie.

De que Cervantes sintió por la Poesía sus más grandes y hondos amores nos hablan innumerables pasajes de sus obras.

«La poesía, señor hidalgo, á mi parecer—dice Don Quijote al caballero del Verde Gabán,—es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sepa tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio; hala de tener el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sone-

tos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, dóime á entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es esta: el grande Homero no escribió en latín porque era griego; ni Virgilio no escribió en griego porque era latino. En resolución todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman por-

que escriba en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque según es opinión verdadera, el poeta nace: quieren decir que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin mas estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*, etcétera. También digo que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor, y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiera serlo. La razón es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta. Sea pues la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon

de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la envidia, y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos: la pluma es lengua del alma, cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes ó príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien

no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes.»

Bajo esta misma alegoría describió Cervantes la poesía, en el capítulo IV del *Viaje del Parnaso:*

Y en esto por un lado descubrióse
del sitio un escuadrón de ninfas bellas,
con que infinito el rubio dios holgóse.

Venía en fin, y por remate dellas
una resplandeciendo, como hace
el sol ante la luz de las estrellas.

La mayor hermosura se deshace
ante ella, y ella sola resplandece
sobre todas, y alegra y satisface.

Bien así semejaba, cual se ofrece
entre líquidas perlas y entre rosas,
la aurora que despunta y amanece,

la rica vestidura, las preciosas
joyas que la adornaban, competían
con las que suelen ser maravillosas.

Las ninfas que al querer suyo asistían
en el gallardo brío y bello aspecto,
las artes liberales parecían.

Todas con amoroso y tierno afecto,
con las ciencias más claras y escogidas,
le guardaban santísimo respeto.

Mostraban que en servirla eran servidas,
y que por su ocasión de todas gentes
en más veneracion eran tenidas.

Su influjo y su reflujo las corrientes
del mar y su profundo le mostraban,
y el ser padre de ríos y de fuentes.

Las yerbas su virtud la presentaban,
los árboles sus frutos y sus flores,
las piedras el valor que en sí encerraban,

el santo amor castísimos amores,
la dulce paz, su quietud sabrosa,
la guerra amarga todos sus rigores.

Mostrábasele clara la espaciosa
via, por donde el sol hace contino
su natural carrera y la forzosa.

La inclinación, ó fuerza del destino,
y de qué estrellas consta y se compone,
y cómo influye este planeta ó sino,

todo lo sabe, todo lo dispone
la santa hermosísima doncella,
que admiración como alegría pone.

Preguntéle al parlero, si en la bella
ninfa alguna deidad se disfrazaba,
que fuese justo el adorar en ella.

Porque en el rico adorno que mostraba
y en el gallardo sér que descubría,
del cielo y no del suelo semejaba.

Descubres, respondió, tu bobería,
que ha que la tratas infinitos años,
y no conoces que es la Poësía.

En *La Gitanilla,* leemos lo siguiente:

«Es la poesía una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discreción más alta. Es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran y, finalmente, deleita y enseña á cuantos con ella comunican.»

Quien de este modo, tan repetidas veces que sería prolijo enumerarlas, se expresa, no podía ser amante desdeñado, sino predilecto, de la Poesía, y así lo reconoció el mismo Lope de Vega, su formidable enemigo, cuando dijo de él muchos años después de su muerte, lejos ya de todo motivo de lisonja:

«En la batalla donde el rayo austrino,
hijo inmortal del Aguila famosa,
ganó las hojas del laurel divino
al Rey del Asia en la campaña undosa,
la fortuna envidiosa
hirió la mano de Miguel Cervantes;
pero su ingenio en versos de diamantes
los del plomo volvió con tanta gloria,
que por dulces, sonoros y elegantes
dieron eternidad á su memoria.»

Aquella gran figura caballeresca de Don Quijote se agiganta por grados según transcurre su vida por los capítulos del libro, se agiganta cuanto más habla, porque palabras tiene de amor para todo lo bello, para todo lo grande, para todo lo bueno: los árboles, las flores, las montañas, las llanuras, los bosques, las fuentes, los ríos, las noches de luna, los cielos despejados; se agiganta cuanto más camina, cuanto más lucha, cuanto más resignado sufre, porque su móvil no es otro que amparar al desvalido, á la viuda, al huérfano, al anciano, al niño, redimir al opreso, socorrer al menesteroso, alentar al humilde, humillar al soberbio, y no otra cosa hicieron los héroes y los mártires al consagrar y sacrificar sus vidas á la religión ó á la patria.

«Estos dos personajes humildes, nacidos de la fantasía de Cervantes—dice Quintana (1), —vencen en celebridad á los héroes más ilustres de la fábula y de la historia.»

La magna significación poética del *Quijote* está, pues, en todo latente: en la figura hermosa del protagonista y en todos los demás personajes principales ó secundarios, seglares ó clérigos, plebeyos ó nobles, fantásticos ó reales, rústicos ó poetas, galanes enamorados y doncellas desdeñosas; en las bellezas que canta de la Naturaleza, hermoseándolas siempre con su fecunda y feliz imaginación; en el ambiente sublime de ese mundo ideal en que se desarrollan uno por uno, todos los incidentes, todos los episodios, todas las aventuras; en que se oye, como con voz de ensueño, la palabra solemne del protagonista, eco de nuestras mismas eternas esperanzas é ilusiones y anhelos de placeres, de amores, de grandezas, resumen y compendio de nuestros dolores y alegrías, de nuestros desengaños, de nuestras lágrimas; reflejo, en fin, de nuestra propia vida, y más aún que en nada, en la honda y

(1) *Noticia sobre la vida y obras de Cervantes,* 1797.

desconsolada melancolía con que, según la frase de Ramón y Cajal, «campean y se exteriorizan en vibrantes y elocuentes acentos, el desaliento del apasionado ideal irrealizable, el doloroso abandono de una ilusión tenazmente acariciada, el *mea culpa*, un poco irónico quizá, del altruísmo desengañado y vencido», con que el autor del incomparable poema, infortunado soldado de Lepanto, cautivo de Argel, encarcelado de Sevilla, víctima de calumnias, desdenes, envidias, miserias y persecuciones sin cuento, supo desahogar en tono dulce y apacible todo el intenso dolor de una larga vida de tribulaciones, sonrojos y amarguras.

«¡Sufrir, brillar y fecundar! eso es el *Quijote*», dice el sabio Benot y añade: «El *Quijote* es una maravillosa procesión de realismos que marchan alegremente al compás de una gran sinfonía de ideales, y á su ritmo se allanan las fronteras en el espacio, y en el tiempo se dilatan los horizontes, pues la alborozada comitiva siempre va cantando el himno cosmopolita del sentimiento, inteligible á todas las conciencias.»

Por eso la obra es universal, porque ante todo es humana, como el dolor que amarga

toda vida, como la esperanza en el soñado ideal que nunca llega y por el que en balde se lucha, como la esencia poética de todo espíritu que en vuelo de incienso se eleva en espirales hasta las etéreas regiones de la fantasía.

Pero á más de ser la obra del dolor y la obra del poeta, el *Quijote* era la obra del genio, del genio que también es siempre poeta, que también es siempre universal y á cuyo ritmo se allanan también todas las fronteras en el campo del arte.

«Porque Cervantes—según ha dicho Max Nordau,—aunque español hasta la punta de los dedos y la raiz de los cabellos, pertenece á la humanidad entera. Del otro lado de los Pirineos se le comprende más, se le siente mucho mejor que á tantos otros poetas ibéricos que creen haberse remontado sobre el horizonte estrechamente local y haber escalado las cimas del pensamiento y del sentimiento universales. Y eso no es de ninguna manera sorprendente. El talento, por grande que sea, se adhiere siempre de una manera involuntaria, inconsciente, á los aspectos exteriores de la vida, que son los que establecen diferencia entre las regiones y entre los pueblos; el genio,

en cambio, penetra hasta esas profundidades, hasta ese fondo de piedra tosca que es común á la humanidad de todos los países y de todos los tiempos.»

Y así, siendo Don Quijote la vida para lo ideal, la marcha en pleno ensueño maravilloso, la ascensión continuada á la luna y á las estrellas, el subjetivismo triunfante, inaccesible á las fealdades y vulgaridades de la realidad, la ilusión embriagadora y magnífica: siendo Sancho la sumisión á las contingencias de lo real, la adaptación que concilia todas las circunstancias, la ausencia de toda idea superior, la vida vegetativa de la estúpida práctica, rica en satisfacciones de la carne, pero agena, en absoluto, á toda otra satisfacción, y sucediendo, como tenía que suceder, que la extravagancia idealista, rayana en la locura, arrastra al buen sentido, y que el gran comedor y bebedor, que desearía reirse del pobre bobalicón, lo sigue, le admira y le ama, Cervantes creó en ellos los eternos símbolos, demostración sublime del mecanismo del pensamiento humano y encarnación inimitable de la ley de su desarrollo y su civilización.

Así, pues, la gran obra del *Príncipe de los*

ingenios, ni tuvo antes precursores ni después ha tenido quien le iguale. Cervantes creó en el *Quijote* un nuevo género de composición, para el que no había reglas establecidas, género que parece el compendio de todas las bellezas, la armonía de todos los encantos de los demás, pues como el lírico, entraña los delirios y el fuego de la pasión, del entusiasmo, los arrebatos de una imaginación fogosa, henchida de sentimientos nobles y levantados, que al dulce aliento del estro que le inspira, se traduce y desenvuelve en expresiones sublimes, en pensamientos altos, en apasionados acentos de un corazón sensible y grande; como el bucólico, describe los bosques, los prados, los jardines, las fuentes, las pasiones y la vida de las gentes rústicas, sus amorosas inquietudes, sus inocentes placeres, los encantos que ofrece la naturaleza en la soledad envidiable de los montes; y como el épico, el más excelente y noble, el que requiere más ingenio, más talento, más instrucción, más entusiasmo, contiene una acción noble y extraordinaria, en la que el pensamiento capital, los personajes, los caracteres, las costumbres, el estilo y el plan, aparecen adornados con toda la pompa y ata-

víos que le prestan la historia, la fábula, las tradiciones populares y la inventiva del poeta.

«Cervantes no es solamente—ha dicho Heine—la florescencia de sus tiempos, sino la raiz del porvenir. Así como hay que reconocer en Shakespeare al creador del arte dramático ulterior, así debemos venerar en Cervantes al inventor é inspirador de la novela moderna. Cervantes, Shakespeare y Goethe, forman el triunvirato de poetas que en los tres géneros de realización poética, la epopeya, el drama y el poema lírico, han dado lo más sublime... Estos tres nombres se asocian bien, como unidos por un secreto lazo. Un espíritu hermano irradia de sus reacciones. Los tres respiran una eterna dulzura como el soplo de Dios. Florece en ellos la modestia de la naturaleza.»

Imitémosle, pues, ya que á ello nos mueven cuantos le elogian; amémosle, ya que á ello nos inclina el nuevo libro, el hermoso libro de Navarro Ledesma. Ninguno como Cervantes para ser el maestro de la nueva generación, porque á su novedad, á su intensa originalidad literaria, que es de todos los tiempos, se unía la hombría de bien más grande del que era tan genio de virtud como de inteligen-

cia, tan digno de ser admirado como de ser querido.

«Letras sin virtud—decía,—son perlas en el muladar.» Tiempo es de que aprendamos á practicar tan saludables enseñanzas.

Se quiere decir ahora que ya no entrañamos ni comprendemos aquella gran figura caballeresca amasada con tanta generosidad y grandeza y poesía; que no es el espíritu de Don Quijote el que, haciendo nido en nuestras almas, nos ha llevado á los desastres, y que el corazón nacional está ya vacío de aquel ánimo esforzado de nuestro loco.

Pero yo no me pongo á discurrir sobre esto.

Yo sé que estos días vamos á respirar en un ambiente de universales vítores, y que entre la hojarasca de gallardetes y guirnaldas y el bullicio de forasteros y músicas, y el animado colorido de iluminaciones y colgaduras, voy á asistir al *III Centenario de la publicación del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha;* yo sé que de aquel libro se hicieron y se hacen innumerables ediciones, que se agotaron y se agotan, y traducciones á todos los idiomas, por lo que en las más distintas len-

guas y en los más apartados países, puede leerse y se lee; yo sé que en las cinco partes del mundo se reconoce la gloria de aquel gran ingenio *español*, cuya lozana y regocijada fantasía supo remontarse á la esfera de lo universal hasta alcanzar una popularidad cosmopolita; yo sé que de todos los pueblos de la tierra, singularmente de las más cultas naciones europeas y americanas, recibimos, aún hoy, después de los tres siglos, mensajes y parabienes.

Aún no han podido llegarnos las noticias de los trabajos y formas diversas con que el Centenario se celebra en Méjico, en El Salvador, en el Perú, en la Argentina, en Chile, en Colombia, en Venezuela, en el Ecuador, en el Paraguay, en Cuba, en el Uruguay, en Guatemala, en Honduras, Costa Rica; sabemos, sí, que en muchas repúblicas las fiestas tienen un carácter popular y oficial á la vez. En Honduras el Gobierno decretó la erección de una estatua á Cervantes en uno de los puntos más céntricos de la capital.

La fiesta será, pues, no sólo continental sino de todo el mundo civilizado. Rusia, Austria, Suiza, Rumanía, Holanda, los Estados

Unidos, responden en diferentes formas á nuestro homenaje. Así dice la prensa.

Italia, la patria del arte y de la poesía, la patria de Dante Alhigieri, de Petrarca, de Alfieri, de Manzoni, celebra el centenario con una fiesta escogidísima presidida por el rey.

Francia no le irá en zaga. En la Sorbona se anuncia una fiesta suntuosísima, en la que tomarán parte las primeras intelectualidades de París.

Londres tributará también cumplida justicia á la memoria de Cervantes, señalándose en esta demostración el eminente hispanófilo Martín Hume.

Y en Alemania, en la culta Alemania, donde mejor comprendido y apreciado ha sido y es el genio de Cervantes, donde se tiene intenso culto por Don Quijote, cuyos verdaderos alcances han sido señalados con honda penetración por sus más sabios literatos y críticos, allí revestirá el homenaje los caracteres de un acontecimiento extraordinario, en el que el entusiasmo ha de competir en intensidad con los trabajos apologéticos, entre los cuales trabajos descollará siempre el que, traducido por la galana pluma de la primera de nuestras

escritoras, S. A. R. la Serma. Sra. Infanta de España y Princesa de Baviera, doña Paz de Borbón, nos ha aportado ya, como satisfacción doble, con lo honroso del elogio autorizado, el espontáneo y patriótico rasgo que movió á plúma tan insigne á servirnos en nuestro propio idioma conceptos que habían de sernos tan halagadores.

Yo sé, en fin, que en todas las naciones saben que para hacer los honores á cuantos vengan de fuera, tenemos aún voces como Marcelino Menéndez y Pelayo, como Santiago Ramón y Cajal, como Francisco Navarro y Ledesma, como Mariano de Cavia, como Miguel de Unamuno, como Benito Pérez Galdós, como Juan Valera, aunque esta voz ya no será voz, sino eco, porque los cielos, al oirla hablar de Cervantes la han querido, sin duda, para sí; tenemos, en fin, aún glorias universales; tenemos aún *ingenios españoles*.

¡Cómo habrá de convencerme el que me diga que el sol se pone ya en nuestros dominios!

He dicho.

OPINIONES DE LA CRÍTICA

«Se ve que todas (las poesías) las ha escrito el autor poseído de una exaltación sublimemente poética... Yo amo este libro, porque adivina tras él un alma apasionada, vibrante, ardiente; un alma que ha escuchado todos los acentos juveniles, que desborda de sensaciones, que es todo plenitud.»

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO,
De *La República de las Letras.*

«Versos con inspiración, con buena medida y en castizo lenguaje. Yo estoy encantado; vaya un libro bien escrito y bien impreso. En Dios y en mi ánima juro tener siempre sobre el bufete la **Edad dorada,** á fin de solazarme con su poesía cuando me tengan amargado las hediondas asperezas de la realidad.»

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTIN,
Catedrático de la Universidad Central.

«Es un bello libro, apacible, con penumbra horaciana, candores líricos y remansos de grata honestidad. Son sus páginas de sosiego, como si la musa familiar las hubiese ungido. Es el reflejo de una vida plácida, sin tormentos, sin ambiciones, que evoca el gran soneto de Fray Luis:

Agora con la aurora se levanta la luz;

»Conocidos su gusto depurado, su manera clásica, su rima impecable y fastuosa, es lógico que en este nuevo libro resplandezcan los romanticismos de Val envueltos en un ropaje hermoso.

»Dicen que la poesía está *demodée.* Nosotros afirmamos que lo está la poesía mala; los versos lindos y musicales como de **Edad dorada,** están y estarán siempre de moda.»

CRISTÓBAL DE CASTRO,
Del *Diario Universal.*

«Puedo decir que me ha gustado sobremanera. Tiene además, para mí, la ventaja de estar escrito todo él en versos de los que aprendí á medir cuando niño, con sus acentos correspondientes donde acostumbrábamos á gastarlos antiguamente, y á más está escrito todo él en castellano mondo y lirondo, sin exquisiteces de vocablo, que yo, tal vez por mi natural rudo, no logro en otros entender.»

Eloy G.ª de Quevedo Concellón,
Catedrático de Retórica y Poética.

«Podrá ser que los versos de Val no le gusten á alguno de esos poetas que cantan á las princesas vaporosas ó vagorosas ó vagarosas, como se diga, y al mismo tiempo descuidan lamentablemente el aseo de las uñas, sí que también el de los oídos y aún el del cuero cabelludo... Con todo y con eso, los versos de Val son mucho mejores que los que han llevado á la Academia á Cavestany, y los que amenazan conducir al mismo sitio á Grilo, si Apolo no lo remedia, que no lo remediará, porque Apolo ha renunciado ya hace tiempo á luchar con los Pidales.»

Gedeón, 1.° Junio, 1905.

«Todas las poesías del libro tienen una misma tonalidad simpática y dulce, como de color de rosa; los himnos á los *Ídolos*,—la mujer, la juventud y el amor,—los *Cantos* y los *Delirios,* de igual modo que los *Cuadros*, las *Baladas*, las canciones amorosas, y aunque las mismas *Sombras tempranas*, sombras leves, bien leves, pronto desvanecidas y borradas. La forma de las poesías de Val seduce también por su corrección y lozanía.»

Carlos Fernández Shaw.
El Correo, 22 Mayo, 1905.

«**Edad dorada.** Así se titula el precioso libro de poesías con que nos ha obsequiado el distinguido literato é inspirado poeta D. Mariano Miguel de Val, digno y laborioso Secretario del Ateneo de Madrid, al que ha dado gran impulso con su actividad, su inteligencia y su entusiasmo.

»Bello ramillete de composiciones poéticas tan delicadas y fluidas, que ellas bastan para revelar un verdadero numen y las excepcionales facultades que su autor demuestra para el cultivo de la poesía.»

MARIANO JOSÉ MADUEÑO,
Director de *El Mundo Latino*.

«Después de leer el libro con detenimiento, digo que me gusta mucho, porque es romántico y sentimental, dentro de su pseudoclasicismo aparente.»

JUAN R. JIMÉNEZ.

«Contiene el libro poesías muy bellas, *A las flores*, *La atalaya*, *Amanecer*, *La agonía del sol* y muchas otras, suficientes para fundar en ellas el aprecio literario que supo conquistarse el simpático Secretario del Ateneo de Madrid.

»El Sr. de Val figura con notable y propio relieve en nuestra culta y seria juventud literaria.»

JOSÉ NOGALES,
De *El Liberal*.

«Leyendo **Edad dorada,** siéntese como una caricia en el alma, el soplo vivificante de los recuerdos más gratos, y nuestro corazón vuelve á palpitar con entusiasmo juvenil, bajo el ritmo seductor de las invocaciones que hace el poeta á la felicidad.

»En una palabra, mientras se lee este libro, se es dichoso; inúndase el ánimo de ideas inefables, y aun después de dejarlo, queda el alma sustraída por un largo espacio.»

MARIANO B. MARTÍNEZ,
De *Caras y Caretas*, Buenos Aires.

«Tomo primaveral de encantadoras poesías, en que coincide la galanura de la florescencia con la delicadeza y la exquisitez de la substancia.

»Su modernismo, que va por dentro, prefiere la limpia claridad del sol al chisporreteo multicolor y humoso de las bengalas. Aborda llanamente los asuntos, y cuando el que le sigue presume verle acabar el viaje por una hermosa pero trillada carretera, Mariano de Val le sorprende y le encanta, y le sojuzga con una imprevista originalidad de pensamiento, de rumbo ó de forma. Ni sabe á rancio su sensibilidad, ni pecan de amaneradas sus gentilezas. Como nadie, conoce la parte de azúcar y la cantidad de zumo de limón que hay que poner en las bebidas refrigerantes.»

ALFREDO VICENTI,
Redactor Jefe de *El Liberal.*

«La musa de este poeta canta la juventud, la belleza, el amor. Él lo dice en una de sus más inspiradas composiciones:

«Mujeres, flores, aves, luz, alegría,
arpegios sonorosos del arpa mía.»

»Nada de pesimismos, ni de sombrías languideces, ni de afectados dolores.

»Su exuberancia de juventud, su contento de vivir hace que el poeta no se canse de enumerar las bellezas que sus ojos contemplan. Todo le parece hermoso, todo digno de ser cantado.

»Los versos de Val se leen con gusto. Ser joven, amar la vida y cantarla con entusiasmo, son y serán siempre fuente de poesías.»

FRANCISCO F. VILLEGAS (ZEDA),
La Época, 7 Junio, 1905.

«Este joven escritor pertenece á la aristocracia intelectual. Canta con vigor, elegancia y armonía.

»Su himno á la mujer, flor humana, hállase esmaltado de bellas delicadezas; su canto al amor es potente, fogoso; briosa su invocación á la juventud; poéticos, sentimentales sus acentos para describir las flores; valiente, robusta su entonación para evocar á Byron; tiernas sus notas para describir la apacible vida del hogar honrado.

»Dícese que hoy no se leen versos. Escríbanse como los de **Edad dorada** y el público se aficionará á ellos.

»El estilo de Val es clásico, inmaculado: sus romanticismos tienen siempre visualidad real. *Piensa alto, siente hondo* y *habla claro.*»

Album Ibero Americano.
Madrid, 7 Junio 1905.

«Fantasía exuberante, riqueza de color, de luz y de armonia; recuerda mucho más la fogosa brillantez de Góngora, que la académica frialdad de los Argensola.

»**Edad dorada** es, sin duda, una de las más notables colecciones de poesías de cuantas se han publicado en estos últimos años.

»Es un libro inspirado y admirablemente escrito; moderno, sin exageraciones ni extravagancias; clásico, sin frialdad, sin rigidez y sin monotonía.»

Manuel de Sandoval,
Catedrático de Retórica y Poética.

«**Edad dorada** es de los libros de escritores jóvenes españoles—en especial poetas,—que tengo yo apartados para estudiarlos en conjunto, cotejarlos, ver de sacar el factor común y los factores diferenciales de cada uno de ellos, y escribir un trabajo de conjunto sobre la literatura novísima española, en especial la poesía.

»La poesía. Cada vez estoy más enamorado de ella, y detesto más la pura literatura. El mal de nuestra literatura fué siempre ese, su sequedad, su falta de lirismo y sobra de didactismos y sermones.

»Todo es poco para excitar á los jóvenes á la gloria, á que corran á más correr, rompiendo, como con proa, con el pecho este aire aceitoso que nos sofoca.»

Miguel de Unamuno,
Rector de la Universidad de Salamanca.

DEL MISMO AUTOR

Castelar, literato y orador.

Precio: Una peseta.

Las dos luces.

Diálogo en verso.—Una peseta.

La poesía del QUIJOTE

Un volumen lujosamente impreso de 96 páginas en 8.°

Precio: 2 pesetas.

EN PUBLICACIÓN

Nueva generación de poetas.

(1.ª serie) Gabriel y Galán, Sandoval, Zayas, Antonio Machado, Manuel Machado, Villaespesa, Jiménez, Pérez de Ayala, Godoy y Mesa.

Esbozos de crítica acompañados del retrato, una poesía elegida y otra inédita de cada uno de los poetas.

Las literaturas regionales.

Por tierras de Aragón.